

Era aventurarse mucho en aquellos momentos; pero la estimación pública se hallaba tan arraigada, y le sostenían tan calurosamente sus amigos lord Stirling, Lafayette, Green, Knox, Patrick, Laurens, y el ejército manifestó tan vivamente su opinión, que triunfó casi sin defenderse. El irlandés Conway, principal autor de la cábala, después de retirarse, seguía injuriándole. El general Cadwalader se irritó, y nació de esto un duelo. Conway, herido gravemente y creyéndose próximo a morir, escribió a Washington: «Pudiendo sostener aún la pluma algunos minutos, los aprovecho para expresar a V. E. mi sincero sentimiento de haber hecho, escrito ó dicho nada que haya podido desagradarle. Mi vida se acerca a su término, y la justicia y la verdad me impulsan a hablar así. Considero en V. E. un grande hombre, un hombre excelente. Dios le deje gozar muchos años del amor, del aprecio y de la veneración de estos Estados, cuyas libertades ha sostenido con sus virtudes (1).»

De este modo el respeto a Washington se revelaba aún en las tramas urdidas contra él, encontrándose hasta en la desobediencia.

En el estado de penuria y de desorden en que recaía continuamente el ejército americano, la influencia personal de Washington, el afecto que le profesaban, el deseo de imitar su ejemplo, el temor de perder su estimación, ó sólo de afligirle, deben contarse entre las principales causas que impidieron dejar las filas a muchos oficiales y soldados, reanimando su celo y formando entre ellos ese espíritu militar, esa amistad de los campamentos, fuerza grande, noble compensación de una profesión tan fatigosa.

Es un privilegio, frecuentemente corruptor, de los hombres grandes, inspirar afecto y adhesión sin experimentarlos a su vez; pero Washington estuvo exento de este vicio. Amaba a sus compañeros, a sus oficiales, a su ejército; se lastimaba de sus males y protegía sus intereses, no sólo por justicia y deber, sino por un tierno sentimiento que le unía a ellos, y en el que se mezclaban la compasión y la gratitud.

En el estado poco tranquilizador en que se encontraban las cosas, sobre mediados de 1777, llegaron del Norte las noticias más consoladoras. El ejército del Canadá se había visto obligado a retroceder, después de algunos insignificantes triunfos. La jornada de Saratoga había

(1) Writings, tomo V, pág. 517.

quedado indecisa, y Burgoyne, que mandaba los restos de aquel ejército, tuvo que deponer las armas ante el general Gates, el 17 de octubre.

La causa americana ganaba terreno; pero la mala organización del ejército y la impotencia del Congreso hacían siempre muy incierto el éxito de aquella gran lucha. En honor de la verdad y si se ha de juzgar por lo que los más autorizados historiadores consignan, hasta el mismo Washington, expuesto incesantemente a servir de blanco de la calumnia, sólo se mantenía en su puesto, a pesar de su perseverancia y su firmeza, por la adhesión que había jurado a un partido que no aceptara sino por deber, cuando un acontecimiento súbito exaltó todos los ánimos y pareció decidir la cuestión.

Desde el principio de su insurrección, las colonias americanas procuraron atraer a su causa a las naciones mal dispuestas contra Inglaterra, y en 1776 enviaron a Franklin cerca de Luis XVI. Pero fuera cual fuese el interés que excitaban en él las rebeliones, y el deseo que experimentaba de borrar la vergonzosa mancha de la paz de París, el gobierno francés había negado hasta entonces a intervenir, contentándose con favorecer secretamente los envíos de armas que el comercio hacía, con abrir puertos a los corsarios americanos, ó con dejar en completa libertad a los que querían tomar una parte activa en aquella filosófica cruzada. Los triunfos de los americanos, sin embargo, y el anhelo de la opinión pública, altamente declarada, lo consiguieron al fin, y Franklin, apresurando esta resolución, mereció el bien de su país. El 6 de febrero de 1778, Luis XVI reconoció la independencia de los Estados Unidos, y concluyó un tratado de comercio, acompañado de otro de alianza ofensiva y defensiva, en el caso en que estallara la guerra entre Inglaterra y Francia.

Esta noticia consternó a Inglaterra; pero semejante consternación convirtióse pronto en furor, y quedó declarada la guerra. El parlamento, hasta entonces dividido, se mostró unánime, y lord Chatam, defensor constante de las colonias, murió llamando a sus conciudadanos a la venganza y lanzando contra la Francia terribles imprecaciones.

Los ingleses llegaron a ofrecer en su cólera más de lo que la América pedía; pero ésta negóse a hacer traición a la Francia, y no quiso creer en la sinceridad de las promesas de lord North.

A la accesión de la Francia siguióse muy pronto la de España en 1779, y la de Holanda en 1780, y cambiaron el alcance y carácter de la guerra.

Merced a la posición que ocupaba Washington y a su actividad durante el invierno y la primavera, el ejército inglés comenzaba a verse muy estrechado en Filadelfia, donde se iba acabando el forraje y las provisiones. Es cierto que una parte del pueblo de Pensilvania favorecía la causa del rey y que muchos llevaban víveres a Filadelfia, donde se les pagaba en oro ó plata, mientras que el ejército de Valley Forge sólo podía abonar sus compras en papel moneda de valor dudoso; pero no era tan fácil llegar a Filadelfia, pues las partidas de americanos interceptaban con frecuencia a los especuladores, apoderándose de los víveres sin pagarlos, y no pocas veces añadían a esto el castigo corporal.

Como era probable que pronto llegara una escuadra francesa a las costas de los Estados Unidos, ordenó el gobierno inglés a Sir Enrique Clinton que evacuase Filadelfia a la mayor brevedad, recomendándole al propio tiempo enviase una parte de sus fuerzas a las posesiones francesas de la India occidental y las demás a Nueva-York. En su consecuencia, Clinton embarcó parte de sus tropas, y haciendo los preparativos necesarios para atravesar por Nueva Jersey con el grueso de las fuerzas, abandonó el 18 de junio a Filadelfia, en tanto que Arnold marchaba con un pequeño destacamento a encargarse del mando en aquel punto. A los pocos días volvió el Congreso a dicha ciudad para reanudar sus tareas.

En aquella época el ejército inglés, que ocupaba a Nueva-York, Filadelfia y Rhode-Island, se componía de treinta mil hombres, mientras que el de Washington no pasaba de la mitad, siendo probable que no pudiera elevarse a más de veinte mil hombres. Aun cuando el consejo de guerra suponía que las fuerzas inglesas eran mucho más inferiores, no se creyó oportuno tomar la ofensiva, y a excepción de Washington y otros dos ó tres oficiales, la mayoría optó por no atacar al enemigo ni dar una batalla decisiva. Lee, que acababa de ser canjeado, llegó hasta el punto de decir que sería criminal arriesgar una acción con un enemigo tan superior en disciplina, y como otros muchos oficiales opinaron del mismo modo, Washington tuvo que resignarse, pues aunque él estaba por la batalla, no quería obrar contra

las opiniones de su consejo en asuntos de tanta importancia.

De los dos caminos que conducían desde Filadelfia a Nueva-York, tanto el de la orilla oriental del Delaware como el de la occidental iban a terminar en Trenton, y como el ejército inglés no se viera molestado por los americanos, cruzó el río por Gloucester Point, tomando luego el último de los citados caminos.

Comprendiendo Sir Enrique Clinton que tenía que atravesar un país que le era hostil, tuvo la prudencia de llevar consigo un gran número de bagajes y de víveres; pero precisamente esto entorpeció la marcha del ejército, que tardó siete días en recorrer ménos de cuarenta millas. Aquella lentitud hacía creer a los americanos que Sir Enrique Clinton estaba dispuesto para el ataque, razón por la que el general Maxwell, que se hallaba apostado en Mount Holly, se retiró al aproximarse los ingleses, y ni este jefe ni Dickinson tuvieron por conveniente molestarle.

Como el ejército inglés se hallaba a corta distancia del Delaware, Washington, que había salido de Valley Forge el mismo día en que Sir Clinton evacuó a Filadelfia, creyó necesario dar un rodeo y cruzar el río por Coryell's Ferry, cuyo movimiento practicó el día 22 de junio, situándose luego en Hopewell, donde estuvo todo el día 23.

Washington volvió a pedir parecer al consejo de guerra cuando se hallaba en Hopewell, y como Lee persistiera en la opinión emitida anteriormente, opinión de que participaron los demás oficiales, el comandante en jefe, creyendo ya comprometida la reputación del ejército y sabiendo además que el país esperaba que se atacase al enemigo, resolvió obrar según le pareciese mejor y por su propia cuenta. Washington, aunque prudente, no dejaba de ser emprendedor y no podía persuadirse de que las probabilidades de éxito fuesen tan inciertas como querían suponerlo Lee y otros al anunciar que serían fatales las consecuencias de un ataque.

Al recibir noticia Washington de que Sir Enrique Clinton marchaba hacia Montmouth Court-House, se decidió a acometerle, como en efecto lo hizo el 28 de junio. Después de un día de reñida refriega, los ingleses se alejaron durante la noche silenciosamente. El enemigo dejó tras sí cuatro oficiales y cuarenta soldados tan mal heridos que no fué posible trasladarlos



á otra parte, y luégo se supo que los ingleses habian continuado su marcha sin más interrupcion hasta llegar á las cercanías de Sandy Hook. Washington no creyó oportuno perseguir al ejército real y poco despues condujo á sus tropas á las orillas del Hudson. Los americanos perdieron en aquella accion doscientos cincuenta hombres, entre muertos y heridos, y los ingleses trescientos cincuenta, incluso los pri-

sioneros. En realidad no puede decirse que la victoria se declarara en favor de los americanos, mas á pesar de esto el resultado fué satisfactorio, pues aquellos se batieron valerosamente, y á no ser por la extraña conducta del general Lee, hubiérase obtenido á no dudarlo un triunfo completo.

Nueve dias despues de la batalla, el Congreso resolvió por unanimidad: «que se diesen las



Lord Cornwallis

gracias al general Washington por la actividad con que abandonó el campamento de Valley Forge para perseguir al enemigo; por sus acertadas disposiciones al formar la línea de batalla y por su valerosa conducta en el ataque, gracias á la cual se habia obtenido la importante victoria de Montmouth sobre el ejército inglés al mando del general Sir Enrique Clinton.»

A principios de julio, precisamente cuando el ejército inglés llegaba á Nueva-York, apareció en las costas de Virginia la escuadra francesa al mando del conde D'Estaing, que á pesar de haberse hecho á la vela en Tolon el 13 de abril, no pudo llegar ántes por serle los vientos

contrarios. Esperábase confiadamente que el conde D'Estaing encontraría aún á los ingleses en Filadelfia; y de suceder así, es seguro que aquellos no hubieran podido escaparse, viéndose cogidos entre los franceses por mar y los americanos por tierra. Al saber que las tropas británicas habian evacuado Filadelfia, el conde D'Estaing se dirigió hácia el Norte, presentándose el 11 de julio en las inmediaciones de Sandy Hook, donde lord Howe, cuya flota ascendía sólo á seis buques de línea, algunas fragatas y otros barcos menores, y que ya estaba informado de la llegada del conde, ocupábase en distribuir convenientemente sus fuerzas

para atender á la defensa de Nueva-York. Poco tiempo despues, presentáronse á la vista los buques franceses, mas no siéndoles favorable el viento, viraron de bordo el 22 de julio, y entónces se creyó que atacarían inmediatamente á la flota británica por otro punto. Sin embargo, los pilotos franceses opinaron unánimemente que no podrian atravesar la barra por Sandy Hook, y como rehusasen penetrar en el canal,

vióse D'Estaing en la precision de dirigirse hácia los cabos del Delaware, y una vez allí, variando el rumbo, encaminóse directamente á Rhode-Island, á donde arribó el dia 29 con la intencion de dar un ataque, en el cual debia auxiliarse el general Sullivan con un cuerpo de tropas del ejército de Washington y algunas fuerzas de Nueva-Inglaterra.

Al presentarse la escuadra francesa en Rho-



Coche de Washington

de-Island, envióse inmediatamente un parte á Nueva-York, y entónces Lord Howe, acudió con la suya, pero un temporal impidió el combate, y ambas armadas volvieron á sus respectivos puntos de partida; y esta empresa no tuvo inmediato resultado.

Sin embargo, con el reconocimiento de los Estados- Unidos por parte de Francia, España y Holanda, con el auxilio prestado por la escuadra de la primera de estas potencias, ya no se trató solamente de la independencia americana, si que de la libertad tambien de las mares, y desde entónces la lucha, que fué extendiéndose de día en día, no tardó en abarcar los inmensos espacios que se dilatan desde el fondo de las Indias orientales al fondo de la América.

Sola contra tantos enemigos, la Inglaterra desplegó tan maravillosos recursos, tan increíble energía, que más de una vez faltó muy poco para que quedara victoriosa.

En el mar fué donde sobre todo dió más alta idea de su potencia. Ni la union de varias ma-

rinas poderosas, ni la habilidad de los almirantes que á la sazón mandaban las flotas francesas, ni las malas disposiciones de la Rusia, la Suecia y la Dinamarca, que concertaron una liga de neutralidad armada, pudieron triunfar de su constancia. A la toma de varias islas en las Antillas, del Senegal, de Menorca, los ingleses opusieron varias victorias navales, la ocupacion de numerosas colonias, el levantamiento del sitio de Gibraltar, y la fundacion de un nuevo imperio en las Indias orientales, lo cual bastó para hacer indecisa una lucha que parecia habia de anonadarles.

Sin embargo, fuera cual fuere el éxito de aquella guerra marítima, en último término no tuvo otro resultado que el afianzamiento de la libertad americana. Los ingleses, distraidos de sus colonias por una lucha que amenazaba todo su poderío, no consagraron ya á combatir las sino parte de sus fuerzas, y la América, por quien estallara la guerra, sólo fué desde entónces un teatro secundario de ella.

Apesar de esto, Washington tuvo que trope-